

Este deber sacrosanto de fidelidad, inspirado por la naturaleza, ha venido la religion á fortificarlo, á ennoblecerlo, y perfeccionarlo con el sacramento del matrimonio ¿y sabeis cómo? convirtiendo el amor natural que ha inspirado ese deber en un amor obsequioso, puro, constante, y por consiguiente santo. ¡Ah! si el amor de los esposos cristianos de nuestros dias tuviera esas cualidades, la fidelidad del santo matrimonio no se veria empañada, y muchas veces prostituida miserablemente, como desgraciadamente se ve, con harta perturbacion de las familias, con detrimento de las buenas costumbres, y latimoso escándalo de la sociedad. ¿Tan pronto han olvidado esos esposos las maternales amonestaciones que la Iglesia les hizo, recomendándoles un amor obsequioso? Pues recuerden para su confusion que esta Madre cariñosa y prudente les dijo al recibir el sacramento que hoy profanan con sus imprudencias: «Pide la dignidad de este, que significa la comunión de Cristo con su Iglesia, que os ameís el uno al otro como Cristo amó á la Iglesia. Vos, varon, compadeceos de vuestra mujer, como de vaso mas flaco; compañera os daremos, y no esclava. Asi Adan nuestro primer padre, á Eva formada de su lado, en argumento de esto la llamó compañera.» Vos, esposa, habeis de estar sometida á vuestro marido en todo. A nadie despues de Dios ha de amar mas, ni estimar mas la mujer que á su marido, ni el marido mas que á su mujer; y así en todas las cosas que no contradicen á la piedad cristiana se procuren agradar. La mujer condescienda con su marido y siga su parecer. El varon, por tener paz, muchas veces pierda de su derecho y autoridad.» Pero, ¡ay! A. H. M., que en vez de ese amor obsequioso que no puede, ni debe armonizarse con los arrebatos de la cólera, y con las violencias, estas se suceden con frecuencia, creyendo equivocadamente que la mujer es la esclava de su marido; pues si bien es cierto que le está preceptuada á esta la sumision, no lo es para que sufra la tiranía

de aquel. Asi como la mujer, olvidándose muchas veces de esa noble y cristiana sumision, se atreve con sus indiscreciones á alterar aquella condescendencia, y comunicacion de pensamientos y de afectos que inspira un amor obsequioso y digno. De aquí las palabras ásperas, los modales bruscos, las impaciencias mal reprimidas, las invectivas amargas, las riñas, y todos aquellos males que paulatinamente van socabado los fundamentos de la fidelidad conyugal.

Para conservar esa fidelidad, tan indispensable en la vida del matrimonio, hay necesidad de que ese amor sea tambien puro y permanente. ¡Ah! siendo puro excluiria todas aquellas miserables pasiones con que los esposos reciprocamente se excitan al mal. Entonces no tendrian que deplorarse tantos desórdenes en aquellos matrimonios en que no parece sino que el marido es piedra de escándalo para la mujer, y la mujer para el marido, dándose mutuamente las manos para precipitarse en los abismos eternos. Siendo puro ese amor tendria por objeto la reciproca santificacion de ambos, porque entonces está basado en los principios sacrosantos de la religion que hacen suave el yugo que se han impuesto, y llena de embelesos las atenciones que se prodigan, y los respetos y consideraciones que se merecen, á fuer de hijos de los santos, hermanos de Jesucristo, y herederos de su gloria. Con esta conducta ese amor se hace duradero, pues manteniendo sus corazones tiernamente enlazados, á pesar de la inconstancia natural del ánimo, y de las vicisitudes de la vida, les ayuda á con llevarse, á escusar sus recíprocos defectos, y á guardar inviolables las santas promesas que se juraron al pié de los altares. Asi, y no de otra manera, se conserva la fidelidad de que venimos ocupándonos.

Tiene además otros escollos la fidelidad conyugal que la Iglesia trata de prevenir, cuando dirigiéndose al esposo, le dice: «Os ocupareis en ejercicios honestos para sustentar vuestra casa y familia, así para conservar vuestro patrimo-

nio, como para huir el ocio que es la fuente y raiz de todos los males.» Y hablando con la esposa le dirige estas palabras que ¡ojála no olvidara nunca! «Despreciareis el demasiado y supérfluo ornato del cuerpo en comparacion de la hermosura de la virtud. Sed como vergel cerrado, fuente sellada por la virtud de la castidad.» Pues bien; siendo racionalmente laborioso el marido; evitará las rivalidades, los celos, y las divisiones domésticas que engendra la ociosidad, y tantos otros males que han de lastimar precisamente la fidelidad que se han prometido. Siendo la esposa modesta y pudorosa, no producirá en su marido los celos que tanto ofenden á esa misma fidelidad. Y he aquí porque el apóstol San Pedro encargaba tanto á las mujeres esa modestia cuando les decia en su primera carta: «No sea el adorno de estas exterior, ni consista en cabellos rizados, ó en atavios de oro, ó gala de vestidos: *quarum non sit extrinsecus capilatura, aut circumdatio auri, aut indumenti vestimentorum cultus*; sino el hombre interior del corazon, aquellas virtudes que la hagan aparecer rica delante de Dios, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico, y modesto que es rico delante de Dios:» *qui est in conspectu Dei locuples*. Así lo fué María, la esposa santísima del patriarca José que, despreciando las galas y magnificencias, «se atavió siempre con modestia y sobriedad, como encarga el Apóstol, cual corresponde á mujeres que demuestran piedad por buenas obras:» *promittentes pietatem per opera bona*.

Otro deber de los casados es, A. M., como habeis oido, el cuidado de guardar la indisolubilidad del matrimonio. ¡Ah! si se persuadieran los esposos de que solo la muerte ha de romper los vínculos del matrimonio con que se ligaron delante de Dios y de los hombres, mirarian con el horror que se debe al divorcio que hoy va siendo potestativo en los esposos con notoria infraccion de las leyes del matrimonio. ¿Ignoran por ventura esos esposos, que por sí mismos se separan de

la vida conyugal, que San Pablo ha dicho que, «la mujer no se separe del marido? *uxorem á viro non discedere*; y que el marido tampoco deje á su mujer: *et vir uxorem non dimittat* porque ni la mujer tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido; ni el marido la tiene sobre su propio cuerpo, sino la mujer:» *et vir sui corporis potestatem non habet sed mulier*. Desde el momento en que fuera permitido que los esposos se separaran, nacerian disputas y celos continuos. «Un matrimonio que puede disolverse no contribuye mas á la felicidad de las familias, ni á la pureza de las costumbres que un amancebamiento habitual,» ha dicho un escritor. ¡Infelices tambien los hijos de aquellos esposos que, atentando contra la indisolubilidad del matrimonio por una separacion para la que no están autorizados, vive cada cual lejos el uno del otro! Esos desgraciados hijos habrán de compartir las cuitas, los sinsabores, y la ignominia de los autores culpables de su existencia. ¡Qué responsabilidad tendrán estos ante el tribunal de Dios á donde habrán de comparecer mas tarde ó mas temprano para responder del cumplimiento de los deberes que contrajeron al casarse!

Concluyamos de todo lo dicho, A. H. M., que si el matrimonio cristiano es grandemente excelente, porque ha sido instituido por Jesucristo nuestro Dios, y por los efectos grandiosos que produce, lo mismo en el hogar doméstico que en la sociedad, debeis respetarlo, cual la Santísima Virgen María nuestra Madre y nuestro modelo respetó el que por disposicion de Dios contrajo con el bendito y casto José. Que si el matrimonio cristiano impone obligaciones sagradas, como otros tantos bienes para los casados, cuales son la fidelidad conyugal, la educacion de los hijos, y el esmero en respetar su indisolubilidad, procuren los esposos cumplir religiosamente esas obligaciones, aun á costa de los mayores sacrificios, no profanando el santo sacramento que han recibido. «Pensad, les diré con la Iglesia en estos momentos en que

nos hallamos al pié de los altares de la mejor y mas santa de todas las esposas María, pensad como habeis de dar cuenta á Dios de vuestra vida, y de la de vuestros hijos y de toda la familia. Tened gran cuidado en enseñar á los de vuestra casa en el temor de Dios. Sed vosotros santos y toda vuestra casa, pues santo es nuestro Dios y Señor, el cual os acrecienta con gran sucesion, y despues del curso de esta vida os dé la eterna felicidad.» Hacedlo así, A. H., y si os encontrais débiles para llenar esos deberes difíciles y harto delicados, recurrid á María modelo de perfectas esposas, que es cierto os alcanzará del cielo las gracias necesarias para llenarlos meritoriamente; y «el Dios de Abraham, Dios de Isac y Dios de Jacob sea con vosotros, y Él os colme de su bendicion, y veais á los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y despues obtengais la vida eterna sin fin» que yo, tanto á vosotros, como á todos os deseo para que en ella alabemos con María á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.



SERMON PARA EL DIA VEINTIUNO.

Educacion religiosa de los hijos con relacion á ellos mismos, y á la sociedad.

*Post te curremus in odorem
unguentorum tuorum.*

En pos de ti corremos al olor de tu
ungüentos.

CANT. 1.—3.

Hablando ayer de los deberes sagrados de los esposos cristianos, M. A. H., os indiqué entre aquellos la educacion de los hijos, que en su mas amplia acepcion comprende la crianza, y doctrina que se les dá. Es indudable que este es uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana; porque de la buena educacion de los hijos dependen las mas de las veces la dicha futura de los mismos, la tranquilidad de los padres, el bienestar de las familias, la prosperidad de los pueblos, el buen régimen de la sociedad, y sobre todo los goces imperecederos de la vida futura. La obligacion de sustentarlos la inspira la misma naturaleza, y comienza con ella; la de adoctrinarlos tiene su principio desde la niñez, segun leemos en el Eclesiástico. San Pablo da tanta importancia á la educacion escribiendo á su discípulo Timoteo, que asegura «se salvará la mujer por los hijos que dará al mundo, si permaneciere en fe, y en caridad, y en santidad, y en modestia;» esto es, si la educacion que dé á sus hijos, es una educacion cristiana, como interpreta estas palabras San Juan Crisóstomo.